



**JORGE
FERNÁNDEZ
MENÉNDEZ**

Razones

www.nuevoexcelsior.com.mx/jfernandez

www.mexicoconfidencial.com

Dos golpes de Honduras: Zelaya y el ejército

¿Cómo explicar la conjunción de esas fuerzas en el derrocamiento de un mandatario? Sólo colocando en un contexto más amplio lo que sucede en ese país.

El golpe de Estado en Honduras, que derrocó al presidente **Manuel Zelaya**, fue atípico porque se realizó con el respaldo del Congreso y de la Suprema Corte de Justicia e incluso del partido de donde surgió **Zelaya**, el Liberal. ¿Cómo se puede explicar la conjunción de esas fuerzas en el derrocamiento de un mandatario? Sólo colocando lo que sucede en Honduras en un contexto mucho más amplio, local y regional, lo cual permite confirmar las fallas indudables que existen en los procesos democráticos de América Latina.

Ningún golpe de Estado puede ser aceptable en una comunidad democrática, pero en los últimos años hemos visto cómo se ha ido desarticulando esa comunidad y cómo los instrumentos democráticos han sido utilizados una y otra vez para construir regímenes autoritarios. **Zelaya** cayó porque quiso, con menos suerte, seguir el camino que ya han recorrido muchos mandatarios en la región: la reforma constitucional para poder reelegirse una y otra vez. El camino lo iniciaron **Carlos Menem** en Argentina y **Alberto Fujimori** en Perú en los 90, pero se ha ido perfeccionando y fue llevado al límite por **Hugo Chávez**, que ha modificado una y otra vez la Constitución para garantizarse una reelección casi a perpetuidad, in-

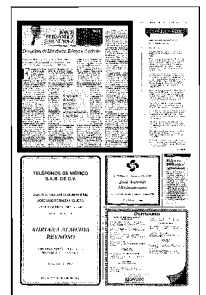
cluso renovando el ejercicio en las ocasiones en que perdió las consultas populares. Lo ha hecho **Chávez** y, en cada reforma constitucional, ha cerrado aún más la libertad de expresión, los derechos humanos esenciales, ha perseguido y dejado menos espacio para las oposiciones, hasta convertirse, prácticamente, en un régimen de partido único, gobernado en los hechos por militares, muchos de ellos los que acompañaron a **Chávez** en sus intentos de golpe de Estado, antes de hacerse

con el poder por la destrucción de los partidos tradicionales de centroderecha y centroizquierda. Lo mismo han intentado hacer, con menos control sobre el sistema político y militar, **Rafael Correa** en Ecuador y **Evo Morales** en Bolivia. Lo hizo también, realizando una extraña alianza con el ex presidente de derecha **Arnoldo Alemán**, el nicaragüense **Daniel Ortega**. Fue lo que hicieron, con un giro legal demasiado obvio, los espasmos **Kirchner** en Argentina. Lo ha

realizado, en otro extremo ideológico, el presidente de Colombia, **Álvaro Uribe**, y era lo que quería hacer **Manuel Zelaya** en Honduras.

Quizá la única diferencia de **Uribe** (e incluso de los **Kirchner**, quienes el mismo domingo perdieron las elecciones en su país) respecto a **Chávez**, **Morales**, **Correa**, **Ortega** y lo que quería llevar a cabo **Zelaya**, es que han mantenido funcionando su respectivo sistema político sin convertirlo en maquinaria autoritaria. Pero la norma ha sido la de Venezuela, Bolivia, Ecuador y Nicaragua, gobiernos que han utilizado los mecanismos de la democracia para transformarla en una coartada con miras a consolidar regímenes autoritarios y unipersonales. Y la comunidad de naciones de América Latina ha caído en esa trampa gustosamente, porque muchos mandatarios creen que

podrían recurrir a esos mismos mecanismos si su fuerza y su popularidad se lo permitieran. Hasta ahora, Brasil (donde hubo presiones muy fuertes para que **Luis Inácio Lula da Silva** buscara también una reforma



Fecha 30.06.2009	Sección Primera-Nacional	Página 8
---------------------	-----------------------------	-------------

constitucional que le autorizara reelegirse nuevamente), Chile y Uruguay son

los que se han librado en forma más exitosa de esa tentación. Y México, donde el tema de la reelección, sobre todo presidencial, es tabú, incluso yendo más allá de lo deseable en cualquier sistema político maduro. Un tabú que no hubiera resistido mucho tiempo —eso ya es una especulación— si un personaje tan cercano en psicología y forma de entender el manejo personal del poder con los **Chávez**, los **Morales**, los **Correa**, los **Ortega** del continente, como **López Obrador**, hubiera llegado al poder.

Eso es lo que ocurrió con **Zelaya**, un hombre que llegó al poder gracias a un partido de centroderecha, el Liberal, con el respaldo de Estados Unidos y que, estando ya en el gobierno, abandonó a su partido, rompió sus alianzas nacionales e internacionales, se pegó a la Cuba de **Fidel** y tomó como modelo a **Chávez**, con la intención, explícita, de reformar la Constitución de su país para poder reelegirse. Allí se originó el conflicto: ¿la conver-

sión de **Zelaya**, como había ocurrido antes con **Chávez**, **Correa** o **Daniel Ortega**, se dio porque cambió sus convicciones ideológicas ya en el poder o porque simplemente vio que esas nuevas convicciones le permitirían perpetuarse en el mismo? Por supuesto que fue lo segundo.

El tema es el poder y cualquier mecanismo que permita la reelección continua de quien lo detenta está vulnerando el sistema democrático que lo llevó al gobierno. En cualquier democracia puede haber posibilidades de una reelección o dos, pero debe existir un periodo de tiempo máximo para la permanencia en el poder: es una condición básica del sistema, con el fin de renovarse y legitimarse con regularidad. Si las reelecciones permanentes en el Ejecutivo distorsionan el sistema, mucho más lo hacen cuando el mismo, reconociéndose de derecha o de izquierda, se convierte, como en la enorme mayoría de los casos que hemos citado, en un régimen autoritario y populista.

En última instancia, todos los gobiernos autoritarios del siglo XX buscaron formas de legitimación e incluso por la vía electoral llega-

ron al poder tanto **Benito Mussolini** como **Adolfo Hitler**. El voto es parte indivisible de la democracia, sin embargo, para que sea considerada como tal debe tener otros atributos. Y esos los ha ido perdiendo la enorme mayoría de los regímenes que la han utilizado para garantizar un poder unipersonal y permanente. El golpe de Estado es inaceptable, aunque sea con respaldo del Congreso y de la Corte (debe haber mecanismos de revocación que usen otras vías), pero también lo es perpetuarse en el poder escudándose en una escenografía democrática.

Ningún golpe de Estado puede ser aceptable en una comunidad democrática.